

<b>Zeitschrift:</b>	Hispanica Helvetica
<b>Herausgeber:</b>	Sociedad Suiza de Estudios Hispánicos
<b>Band:</b>	16 (2006)
<b>Artikel:</b>	Prólogo Roger Wolfe y el Neorrealismo español de finales del siglo XX
<b>Autor:</b>	López Merino, Juan Miguel
<b>Kapitel:</b>	1.: Para un perfil biobibliográfico de Roger Wolfe (1962-1999)
<b>DOI:</b>	<a href="https://doi.org/10.5169/seals-840906">https://doi.org/10.5169/seals-840906</a>

#### Nutzungsbedingungen

Die ETH-Bibliothek ist die Anbieterin der digitalisierten Zeitschriften auf E-Periodica. Sie besitzt keine Urheberrechte an den Zeitschriften und ist nicht verantwortlich für deren Inhalte. Die Rechte liegen in der Regel bei den Herausgebern beziehungsweise den externen Rechteinhabern. Das Veröffentlichen von Bildern in Print- und Online-Publikationen sowie auf Social Media-Kanälen oder Webseiten ist nur mit vorheriger Genehmigung der Rechteinhaber erlaubt. [Mehr erfahren](#)

#### Conditions d'utilisation

L'ETH Library est le fournisseur des revues numérisées. Elle ne détient aucun droit d'auteur sur les revues et n'est pas responsable de leur contenu. En règle générale, les droits sont détenus par les éditeurs ou les détenteurs de droits externes. La reproduction d'images dans des publications imprimées ou en ligne ainsi que sur des canaux de médias sociaux ou des sites web n'est autorisée qu'avec l'accord préalable des détenteurs des droits. [En savoir plus](#)

#### Terms of use

The ETH Library is the provider of the digitised journals. It does not own any copyrights to the journals and is not responsible for their content. The rights usually lie with the publishers or the external rights holders. Publishing images in print and online publications, as well as on social media channels or websites, is only permitted with the prior consent of the rights holders. [Find out more](#)

**Download PDF:** 19.01.2026

**ETH-Bibliothek Zürich, E-Periodica, <https://www.e-periodica.ch>**

## I. PARA UN PERFIL BIOBIBLIOGRÁFICO DE ROGER WOLFE (1962 – 1999)

Miguel García-Posada, en su reciente reseña<sup>1</sup> de un trabajo anterior nuestro<sup>2</sup> en el que aparece una versión reducida de este capítulo, se pregunta «hasta qué punto es de recibo mostrar estos datos biográficos en un autor de poco más de cuarenta años». Nosotros creemos que estos datos son cruciales para entender el terreno en el que han ido tomando forma la personalidad y los libros de Wolfe, por muy «joven» que éste sea. El Wolfe escritor es fundamentalmente un escritor *de sí mismo*, motivo más que suficiente para considerar útil y hasta necesario intentar una aproximación al Wolfe persona. Lo que nos importa aquí no es su vida, sino la luz que ésta pueda arrojar sobre su obra.

Roger Wolfe nace el 17 de octubre de 1962 en Westerham, pequeño pueblo sito en el condado de Kent y a unos treinta kilómetros del centro de Londres. Con cuatro años de edad se traslada con su familia (sus padres, un hermano y dos hermanas) a San Juan de Alicante, pequeño municipio (15.997 habitantes, según estimaciones para 1995) situado en la Costa Blanca mediterránea, muy cerca de Alicante capital, de cuya área de expansión forma parte<sup>3</sup>. A los seis años ingresa en el Colegio Inmaculada de los

---

<sup>1</sup> Miguel García-Posada, «El realismo sucio, canonizado», *ABC*, suplemento «Blanco y Negro Cultural», 11-IX-2004, p. 14.

<sup>2</sup> Roger Wolfe, *Días perdidos en los transportes públicos* seguido de *Hablando de pintura con un ciego*, ed., pról. y notas de Juan Miguel López, San Sebastián de los Reyes, Universidad Popular José Hierro, 2004.

<sup>3</sup> Como es el caso de otras muchas poblaciones costeras españolas, a partir de finales de los sesenta la tradicional actividad agrícola y pesquera de San Juan fue quedando marginada por el turismo veraniego. La playa de

Padres Jesuitas de Alicante, donde permanecerá hasta el comienzo del verano del 79.

Al hablar de la familia –en abstracto– Wolfe no titubea: «Odio a la familia en todas sus formas y manifestaciones. Sólo por no tener que soportar esa maldita institución, la propia y todas las demás que llegan luego, hubiera merecido la pena no nacer»<sup>4</sup>. Sin embargo, de su madre ha escrito que «la llamaban la señora de la risa y sabe Dios que era verdad, las carcajadas más maravillosas de todo este podrido mundo» (TM: 71); y en un poema la evoca así: «Noches en que el rostro de tu madre / te sonríe / con la tristeza mansa / de una flor / decapitada»<sup>5</sup>.

De sus abuelos sabemos también algo:

Mi abuelo [materno] me hablaba de los regimientos de gaiteros escoceses, y de cómo se lanzaban al campo de batalla [durante la segunda

---

su nombre llega hasta el cabo de las Huertas y es una de las más extensas y concurridas en verano.

<sup>4</sup> Roger Wolfe, *Hay una guerra*, p. 145. A partir de ahora las referencias a las obras de Wolfe se harán con las siguientes siglas:

DP = *Diecisiete poemas*

DPT = *Días perdidos en los transportes públicos*

HP = *Hablando de pintura con un ciego*

AB = *Arde Babilonia*

MB = *Mensajes en botellas rotas*

CA = *Cinco años de cama*

EF = *Enredado en el fango*

I = *El invento*

AE = *El arte en la era del consumo*

QN = *Quién no necesita algo en que apoyarse*

MC = *Mi corazón es una casa helada en el fondo del infierno*

DPM = *Dios es un perro que nos mira*

FT = *Fuera del tiempo y de la vida*

TM = *Todos los monos del mundo*

HG = *Hay una guerra*

OG = *Oigo girar los motores de la muerte*

QF = *¡Que te follen, Nostradamus!*

<sup>5</sup> En la edición *princeps* de *Mensajes en botellas rotas* (p. 38) en lugar de «de una flor / decapitada», leemos «de las flores / persas». Esta variante procede de la edición –aún inédita– de la poesía completa de Wolfe.

guerra mundial] vestidos con sus kilts y haciendo sonar sus infernales instrumentos del diablo. Al parecer los alemanes les tenían auténtico pavor. Los bautizaron las mujeres del infierno, por lo de las faldas escocesas y aquella música de pesadilla. Mi abuelo materno también era un caballero de la vieja escuela. Masón, para más señas. A principios y mediados de este siglo estaba muy de moda en Inglaterra ser masón. Mi abuelo paterno también lo fue. El padre de mi madre estaba orgulloso de haber pertenecido a la Gran Logia de Londres. Tenía una corbata con el emblema de esa logia, y esa corbata me la quedé luego yo. Debe de andar por ahí todavía, en algún armario, si es que no se ha perdido en alguna de las muchas mudanzas que jalona mis últimos años. Ahora están todos muertos. (QF: 168-69)

La obsesión por la muerte –el *memento mori* será uno de los pilares de su obra– le acompañó desde muy pronto:

Siempre he pensado en la muerte. Desde que tengo uso de razón. No sé si era un niño diferente, pero yo era un niño que pensaba constantemente en la muerte. A veces tenía pesadillas y no podía dormir, pensando en ella, y pensando sobre todo en la muerte de otros; desde la de mi madre o mi abuela a la de mi perro.

Recuerdo con absoluta claridad la homilía de un cura en una misa por la muerte del padre de un compañero de colegio. «Los niños no piensan en la muerte –decía–. Y parece duro hablar de estas cosas con un niño. Pero hay que pensar en la muerte. Hay que pensar en ella.» Conmigo, desde luego, se equivocaba. (HG: 144)

De aquella época también recuerda:

Las batallas campales que organizábamos, en la urbanización de San Juan de Alicante en la que me crié, contra las hordas gitanas de los alrededores. Nos liábamos a pedradas con ellos, parapetados tras barricadas de fabricación casera construidas con restos de chatarra y troncos quemados. Incluso con el chasis de algún automóvil abandonado, alguna vez. En una ocasión, me asomé para apuntar mejor, en medio de una de las refriegas, y una roca me alcanzó en plena frente. Tendría unos seis o siete años; no podía tener más. Todavía recuerdo con asombrosa claridad la sensación de súbito calor en la frente, y el chorreo de lo que yo creía que era sudor. No me había enterado de la pedrada. Seguí lanzando piedras y de pronto me llevé la mano a la frente para secarme el sudor y no era sudor, era sangre. Verdaderos chorros. Tenía la cabeza, la cara y la ropa empapadas de

sangre. Fue entonces cuando se me torcieron las piernas y me caí al suelo, desmayado. Los mayores vinieron corriendo y me llevaron en brazos hasta San Juan, al médico. No recuerdo bien lo que pasó luego. Pero creo que alguno de los diversos bultos que hoy, treinta y pico años después, me adornan el cráneo, se lo debo a episodios como ése. (QF: 157-58)

A los quince años se despierta en él un gran interés por la naturaleza que le lleva a querer convertirse en ornitólogo y a practicar un ecologismo lúcido –o más exactamente un «conservacionismo», como a él le gusta decir– del que su obra da buena muestra aquí y allá. También por aquellas fechas, mientras traduce canciones de los Beatles, empieza a escribir sus primeros poemas. Aunque en clave de humor, Wolfe ha descrito cómo una tarde de 1977, en una librería, tomó la firme decisión de convertirse en escritor:

Tendría unos quince años; acabada de empezar a leer, como quien dice. Y a escuchar a Leonard Cohen, entre otras cosas. La cuestión es que había una tía con un ejemplar de Los hermosos vencidos en la mano. Era una de esas madres jóvenes que suelen tener hijos en edad preescolar, marido de alto standing y la entrepierna más caliente que un vaso de tequila. Hojeaba el libro con muda admiración, de la misma manera que seguramente contemplaba el enhiesto maderamen de alguno de sus diversos y bien situados amantes los lunes por la noche antes de acometer una inexperta felación. Recuerdo que me quedé mirándola –casi recuerdo el aspecto que tenía–, y que sentí que el deseo me inundaba. Y creo que fue en ese momento cuando realmente decidí que no me quedaban más que dos alternativas en esta vida: suicidarme o intentar convertirme en escritor. (TM: 16-17)

Dos años después esa incipiente actividad como escritor empieza a dar los primeros frutos. «El primer escritor con el que me compararon en mi vida –confiesa– fue Léon Bloy. Yo tenía 17 y cursaba 3º de BUP» (TM: 104). La comparación vino de manos de un profesor de filosofía que tras colgar los hábitos se había marchado a Argentina para luchar «por causas perdidas» y acabar ingresando en un grupo guerrillero.

Aquel hombre se llamaba Arturo y fue uno de los primeros seres humanos de verdad que yo había conocido. En lugar de ponernos exámenes, nos pedía que le presentáramos una redacción al final de cada evaluación.

Tema libre. La única condición: demostrar que teníamos algo en la cabeza. Yo no sé si tenía algo en la cabeza o no, y a decir verdad sigo sin saberlo. Pero le presentaba legajos de 15 folios por las dos caras en los que empecé a flexionar mi supuesta musculatura intelectual. Ingenuas diatribas contra lo divino y lo humano. Garabatos de adolescente confundido. (Que según mis más queridos enemigos es lo que sigo escribiendo.) Aunque se ve que a él le debían de gustar, porque siempre me ponía sobresaliente. Y fue tras leer uno de esos infames legajos cuando me dijo: «Flaco, paresés Léon Bloy». ¿Léon quién? Me puse a buscar sus obras como un poseso. Nadie sabía quién narices era el menda, hasta que conseguí desenterrar un volumen en edición sudamericana en una librería de viejo que se llamaba, y quizá siga llamándose, Librería Lux, Calle Mayor, la más antigua de Alicante. Abrí el volumen. Y me salta lo siguiente: «Sin embargo, tal vez haya todavía corazones vivos en ese inmenso estercolero de los corazones y por ellos quiero escribir». Me entró el tembleque. (TM: 105-6)

Ya entonces empezó Wolfe a imaginarse escribiendo novelas, aunque –como él mismo explica– comenzara su andadura literaria con los poemas:

Yo siempre había querido escribir una novela. Desde los 17 ó 18 años. El hecho de que diera mis primeros pasos literarios escribiendo poesía [...] se debe a que a esa edad es realmente difícil escribir otra cosa, e incluso escribir poesía ya es bastante difícil. Pero yo creo que cuando uno se pone a garabatear tentativas en un papel lo que siempre se esconde en el fondo de su ánimo es acometer algún tipo de historia. Contar algo. En la adolescencia y temprana juventud, ese «algo» son, más que nunca, las incertidumbres interiores, la necesidad de consolidación del «yo» y el afán de perfilar la propia personalidad. Todo esto, alimentado por la lectura, encuentra su más lógico vehículo en la poesía.<sup>6</sup>

Es en aquellos momentos cuando algo empieza a no encajar en la inquieta mente del joven Wolfe y cuando se gesta del todo el malestar vital que forjaría posteriormente al Wolfe posterior. Hay varios textos que hablan de aquel momento crítico; uno de ellos se titula precisamente «Génesis de un resentido»:

---

<sup>6</sup> Roger Wolfe, «¿Cómo escribí *El índice de Dios?*», en *Cómo escribí...*, Oviedo, Consejería de Cultura del Principado de Asturias, 1998, p. 189.

Yo tenía buena voluntad y espíritu abierto; mi corazón estaba lleno de empatía y sincero entusiasmo. Me sentía sintonizado con el mundo y le tendí la mano abierta. Recibí una hostia en plena jeta. Quise dar explicaciones, balbucí que venía en son de paz.; y seguí recibiendo. Todo esto me sucedía a los diecisiete años, más o menos. Fue el principio de mi alcoholismo y del largo enfrentamiento, que todavía arrastro, con mis «semejantes». Me temo que las heridas jamás acabarán de cicatrizar. (OG: 29)

De esa confrontación con el mundo probablemente derivara otra característica clave en su obra: la sensación de absurdo.

Hay un momento determinado en la vida –a mí me ocurrió sobre los 17 y fue mi perdición– en que se pierde algo y se pierde con ello la vida. Algunos opinan que es la inocencia, lo que se pierde. No lo sé. Yo la inocencia ya la había perdido. Y sin inocencia no sólo se puede seguir viviendo, sino que incluso se podría decir que sin perderla no es posible vivir. No, la catástrofe no fue perder la inocencia; fue perder el interés. Los rostros, las palabras, las obras, los actos, las acciones, la gente, la familia, todo: no eran más que máscaras de muerte. Ya jamás me podría creer nada. Ya no tenía interés en creerme nada. La vida era una danza en un escenario vacío. La famosa sombra ambulante shakesperiana. El sonido y la furia que nada significan. Una comedia sencillamente carente de interés. (HG: 137)

A este estado de cosas habría que añadir la falta de entendimiento con su padre, que no compartía los gustos del hijo. «A mi padre –dice– no le hacía demasiada gracia que le dijera que me quería convertir en escritor» (TM: 64); actitud que Wolfe interpretó como rechazo y que se convirtió en otro motivo de desgracia. Además el padre también se opuso a sus deseos de ir a la universidad para estudiar filosofía. A este respecto dice Wolfe en un poema: «Como cuando, hace años, / le planteé a mi padre mi deseo / de ingresar en la universidad. / “Las universidades, te lo digo, / –me respondió en inglés / tras varios minutos de intercambio / tan acalorado como inútil– / no son otra cosa que verdaderos antros / de perdición.” / Así, zanjadas de manera indefinida, / quedaron las cosas. No me atreví, / o no quise, añadir más. / Y claro, no fui a la universidad. / Dejé las filosofías, puras e impuras, / para gente menos ocupada / o con mayor capacidad de discernimiento / que yo. / Y me embarqué en otras múltiples empresas / igualmente desprovistas de

sentido, / aunque si acaso / algo menos aburridas.» (DPT: 39) Esas «otras múltiples empresas / igualmente desprovistas de sentido» estarán regadas, pues, de resentimiento, abulia, desesperación y de un elemento añadido: el alcohol, que tiene más importancia de lo que pueda parecer a la hora de esbozar un retrato justo del Wolfe de los ochenta –«me pasé la década de los 80 borracho» (QF: 79) –y de la primera mitad de los noventa. «No ir a la universidad –confiesa muchos años después– fue para mí un verdadero trauma, y creo que en buena medida contribuyó a mi alcoholismo, y a la rabia sorda que siempre le he tenido, casi secretamente, a mi padre.»<sup>7</sup>

Me empecé a desesperar y a pensar que si no podía ir a la Universidad para qué iba a acabar el Bachillerato. Y no lo acabé. Cambié las aulas por los bares. Luego, llegó un momento en que la vida me superó, me agarró por el cuello. Me había metido en un callejón sin salida, era un maldito inútil, sin educación, ni dinero, un pobre idiota girando sobre el eje de su angustia como una maldita peonza, y no se me ocurrió nada mejor que contarla. Entre otras cosas, porque no sabía hacer otra cosa.<sup>8</sup>

A mediados de 1980 se traslada a Inglaterra e ingresa en el West Kent College de Tonbridge, ciudad situada a quince kilómetros de su pueblo natal. Allí descubre a los poetas de habla no española que supondrán los primeros peldaños en su formación como escritor y después, paulatinamente, a otros escritores que marcaron su juventud.

Mi formación fue muy «clásica»: Manrique, Garcilaso, Shakespeare, algo de John Donne, Rubén Darío, Verlaine, Baudelaire, T. S. Eliot, César Vallejo, Pablo Neruda, Cernuda, Miguel Hernández, Blas de Otero, algo del 50 español, Juan Luis Panero, algunos novísimos.

Después de la lectura de algunos de estos autores, y simultáneamente a la de otros, hubo otras influencias: Cendrars, Apollinaire, Bukowski, William Carlos Williams, Raymond Carver, Leonard Cohen, Lou Reed, el cine, la música rock.

---

<sup>7</sup> *Id.*, Carta inédita, 20-XI-2002.

<sup>8</sup> Entrevista de Manuel Llorente, «Roger Wolfe: “Adentrarse en un poema es como entrar en un edificio en llamas”», *El Mundo*, 30-VI-1993, p. 46.

Estoy limitándome aquí a la poesía, y a los principales autores que se me vienen ahora a la cabeza (es posible que se me haya quedado alguno, importante, en el tintero).<sup>9</sup>

Si añadimos a este listado las siguientes declaraciones, tal vez el mosaico de nombres sea más completo:

Mi «trayectoria» sería: primero Eliot. A los 17 años me sabía La tierra baldía de memoria. Luego Baudelaire [...] Y Verlaine, cuyo retrato llevo en la cartera, y Céline. Había leído poca poesía a los 16 años. Sí narrativa: Thomas Mann, Kafka, Sartre, Camus. El primer contacto con la literatura en español es Rubén Darío, que me ha influido mucho. [...] Luego, Cernuda. [...] Bastante más tarde llegó W. C. Williams: después de él ya nada podía ser igual.<sup>10</sup>

La mayoría del tiempo lo pasaba metido en la biblioteca, sin prestar la menor atención a sus estudios. Por aquellos años y durante los anteriores escribió bastantes poemas en inglés, bajo el influjo de su admirado Eliot. En junio de 1981, finalizado el año escolar con pésimos resultados, empieza a trabajar en un *pub* de su pueblo natal, temporada durante la cual su ya incipiente alcoholismo se acentuará. Al cabo de un mes, el padre, alarmado por los lugareños, viaja desde Alicante en busca de su hijo. Una vez de vuelta en España, en agosto de aquel mismo año, Wolfe emprende un breve viaje a Francia, donde descubre al escritor Blaise Cendrars. «Devoré a Cendrars por completo –dice– entre los 18 y 20 años» (QF: 31).

Estuve danzando por Nîmes con la mochila, se supone que en busca de trabajo en la vendimia. No encontré trabajo en la vendimia, pero cogí unas cuantas borracheras de antología por los bares españoles de Nîmes. Aquello estaba plagado de españoles. Entrabas en un bar haciendo esfuerzos por dirigirte al camata en francés y el tipo te contestaba en murciano y te preguntaba que qué tal por España. Las castañas fueron de cagarse. Dormía en los bancos de los parques y me pasaba los días tirado por las terrazas de los cafés. (QF: 31)

---

<sup>9</sup> Roger Wolfe, Carta inédita, octubre de 2003.

<sup>10</sup> Entrevista de Miguel Munárriz, «Roger Wolfe: “Ahí fuera hay muchos ciegos deseando hablar de pintura”», *La Nueva España*, 4-IX-1993, p. 36.

De vuelta una vez más en España, dedicado única y exclusivamente a vagabundear de bar en bar por las calles de Alicante, tiene una serie de complicaciones con su familia y decide regresar a Inglaterra en marzo del 82. Allí se instala en una pequeña habitación de la casa familiar, ocupada por entonces por sus abuelos paternos, y se pone a trabajar de pinche de cocina en el restaurante *The Grasshopper* de Westerham.

Imagínense verdes prados suavemente acariciados por los efluvios gaseosos de bellos cuadrúpedos rumiantes todavía no afectados por ninguna loca enfermedad; imaginen un pueblito dulcemente abandonado entre las ondulantes colinas de la campiña inglesa; imaginen pintorescas callejuelas adoquinadas transitadas por inocentes paseantes de la septuagésima edad, turistas despistados con pinta de fugados del último plan quinquenal de la era comunista, 25 tiendas de antigüedades por metro cuadrado y bastantes más pubs; una estatua de Churchill congelado en sedestación en medio de un bonito prado central; a su derecha, la estatua de mi rampante tocayo, el general Wolfe; y luego una librería, un puesto de fish and chips, un restaurante indio que antes había sido español y se llamaba, mira tú por dónde, el Don Quijote, y hordas de borrachos adolescentes partiéndose la boca después del partido y pateando papeleras. Sobre todo ello, la suave mano intermitente de la versión inglesa del orbayo. Y luego, tajo; duro tajo, y poco más. (HG: 148)

Allí permanece hasta el año 1983. Poco antes de regresar a España escribe los primeros poemas de lo que más tarde sería su primer libro, *Diecisiete poemas*. Y ese mismo año, de vuelta ya en Alicante, obtiene el premio de poesía convocado por el Ayuntamiento de Villalba. La siguiente cita nos da una idea clara de lo que fueron en su mayor parte aquellos meses:

No me faltan anécdotas graciosas y menos graciosas, de mi época de lunático etílico en Alicante. Ni personajes. Menuda pandilla de colgados. Ni siquiera formábamos una generación. Éramos los restos que bajaron por el desagüe cuando la fiesta se trasladó a otra parte. La mayor parte de la gente con la que yo andaba me sacaba, de promedio, unos diez años. Borrachos y locos todos ellos. Estábamos majaretas. Andábamos por el casco antiguo de Alicante –el Barrio– jugando a ser Rimbaud, a ser Verlaine. No nos lo creíamos ni nosotros, claro. Las borracheras eran épicas. Trompas como para resucitar a un muerto y volverlo a enterrar. De toda aquella gente

tampoco queda nada. Algunos están muertos; el resto están desperdigados por ahí, en diversos estados de descomposición física y emocional, supongo. (QF: 169-70)

El uno de noviembre de 1983 llega a Oviedo contratado para dar clases de inglés en una academia de idiomas. «Atrincherado en una pensión de mala muerte de Oviedo, mi existencia se repartía entre las clases de inglés con las que a duras penas lograba poner los garbanzos en la mesa y una sucesión de borracheras en las que días y noches se fundían y confundían sin aparente solución de continuidad.» (HG: 104) Allí permanecerá hasta finales de la década.

[Desde] 1983 y hasta 1989 –y al margen de las esporádicas escapadas a otras latitudes– prácticamente no salí de Oviedo. Mi entorno y mi realidad, entonces, eran las angostas calles y los lúgubres antros del casco antiguo ovetense, las altitudes del barrio de Buenavista y Fuertes Acevedo, los ojos paralelos formados por las calles Uría y Fruela con el parque de San Francisco y la calle Rosal, o el rectángulo o cuadrado imaginario que se podía trazar desde el Campillín y la plaza Porlier hasta la «Iglesia Redonda» y el cruce de la avenida de Galicia. (HG: 179)

A mediados de 1985, después de dos años escolares, vuelve a la provincia de Alicante y se instala durante un breve periodo de tiempo en El Campello, localidad cercana a San Juan. El resto de aquel año y la mitad del siguiente se dedica nuevamente a la enseñanza del inglés en una academia de Alicante llamada Villajoyosa. Durante esas fechas publica sus primeros poemas en la revista alicantina *Alagaria-0*.

En 1986 su obra poética es recogida en la antología *Escrito en Alicante-Muestra de poesía joven*. Ese mismo año regresa a Oviedo. Allí redescubrirá a Céline, que a partir de entonces será uno de sus autores de cabecera; allí conocerá a Noelí Puente Aller, que después se convertirá su mujer; y allí continuará con su zambullida en el alcohol. También realiza dos viajes a Málaga para gestionar la publicación de su primer poemario:

Estuve en Málaga [...] en el 86. Lo recuerdo perfectamente, entre otras cosas porque el verano de aquel año fue una de las épocas de locura etílica más brutales de mi vida. Estuve trabajando en una agencia de alquiler de coches. Sabe Dios cómo no me estrellé al volante. A Málaga fui ese

verano a gestionar la edición de mi primer libro de poesía, Diecisiete poemas, que me publicó Ángel Caffarena en las ediciones de su imprenta Dardo. (QF: 181)

Estando así las cosas, en 1987 vuelve en estado de crisis nerviosa a San Juan, a casa de sus padres, y allí convalece durante un año. En mayo de 1988 decide regresar de nuevo a Oviedo para reunirse con Noelí y con la idea de intentar ponerse a trabajar por su cuenta como traductor. Se instala en un apartamento de la calle Martínez Marina, en el cual también hubo episodios etílicos de considerables proporciones y en el que escribe los primeros poemas de *Días perdidos en los transportes públicos*. Está a punto de empezar a trabajar como profesor de inglés en la cámara de Oviedo pero en el último momento se echa para atrás. «Yo en realidad odiaba dar clases, que era también uno de los motivos que contribuía a que bebiera, porque me desesperaba, me daba pánico. Así que llegué de nuevo en el 88 y pude haber trabajado allí y tener un sueldo fijo, pero era tanta la alergia que le tenía a las clases que no me atreví.»<sup>11</sup> Finalmente empieza a traducir novelas para la editorial Júcar. Aquel año y durante los siguientes traduce *Los pecados de nuestros ancestros*, de Lawrence Block, y *Un caso equivocado, La danza del oso y Uno que marque el paso* de James Crumley.

En 1989 es incluido en la antología *Tres poetas* editada por el Servicio de Publicaciones del Principado de Asturias. A principios de año se casa con Noelí y el 31 de marzo se establecen provisionalmente y por motivos económicos en la cuenca minera del Nalón, en el pueblo La Felguera, en la casa de los padres de ella. La impresión causada por el desolador paisaje de esa zona minera venida a menos (“derelict industrial buildings and out-of-work, full-time drunks and dopers”<sup>12</sup>) quedará más tarde reflejada en su primera novela, *Dios es un perro que nos mira*. En La Felguera da los toques finales al poemario *Días perdidos en los transportes públicos* y empieza a escribir los relatos que luego formarían *Quién no necesita algo en que apoyarse*. También sigue traduciendo novelas para Júcar

<sup>11</sup> Entrevista inédita de Juan Miguel López, septiembre de 2002.

<sup>12</sup> «Edificios abandonados y ociosos borrachos y drogadictos en régimen de dedicación exclusiva.» Roger Wolfe, Carta inédita a Beata Rozga, 29-IX-1993.

y es contratado durante la primavera y el principio del verano como intérprete y responsable de la redacción del catálogo de la vigésimo séptima edición del Festival Internacional de Cine de Gijón. Volverá a desempeñar funciones de intérprete en dicho festival durante el periodo comprendido entre 1990 y 1992.

Durante los meses que duraron mis labores como traductor e intérprete del festival de cine, tomaba diariamente el tren de vía estrecha para desplazarme desde La Felguera a Gijón. Fueron días locos y atribulados. Mi habitual incapacidad para orientarme en Gijón se alió una noche con el fatal efecto de una sobredosis etílica particularmente devastadora y no conseguí llegar a la estación. Abandonado por amigos y enemigos, deambulé toda la noche por las calles de Gijón, arrastrándome de esquina en esquina y rebotando entre bares y tugurios como una pelota abollada, hasta sumergirme finalmente en el fango de una impenetrable laguna alcohólica, de la que desperté en un anónimo portal, hecho pulpa y cubierto de moretones y rasguños de los pies a la cabeza (HG: 181).

«El festival de cine de 1989 llegó y pasó. No volví a Gijón. Poco después, me embarqué en un alucinado periplo con tintes de odisea, que me llevaría a Inglaterra, atravesando toda Francia, en un desguace con ruedas que estuvo a punto de caerse literalmente a pedazos por el camino.» (HG: 182) Tras la mencionada «odisea», Wolfe y su mujer llegan a Inglaterra en octubre de 1989 con la idea de conseguir un trabajo más o menos fijo y pasar una larga temporada allí. Noelí tiene asimismo la intención de aprender inglés. La madre de Roger se encuentra en Inglaterra, seriamente enferma; morirá a finales de 1990. Allí Wolfe trabaja un tiempo en un supermercado (experiencia recogida en *Dios es un perro que nos mira*), solicita sin éxito un trabajo de traductor en un ayuntamiento de barrio de Londres, vuelve al antiguo oficio de pinche de cocina y empieza a pensar en volver a Asturias.

También durante aquellos meses en Inglaterra se plantea matricularse en la Facultad de Filología de la Universidad de Londres. Casi quince años después Wolfe recuerda y reflexiona sobre sus deseos frustrados de hacer una carrera universitaria:

Al final me voy a tener que alegrar de no haber cursado estudios universitarios. Muchas veces me pregunto qué hubiera sido de mí de haberlo hecho, y de haber estudiado, como quería, filosofía pura, carrera

que supongo que habría seguido en Alicante. O si hubiera cursado filología hispánica en Inglaterra, como de hecho estuve en un tris de hacer (no tenía los méritos académicos suficientes como para que me hubieran aceptado por la puerta normal, pero podría haber entrado por la de atrás, como “mature student” –es decir, un alumno «tardío», de más edad que la de los que entran por el conducto normal– sobre la base de mis méritos literarios, que en aquella época consistían en mi primer libro, *Diecisiete Poemas*. Me llegué incluso a entrevistar con un tal profesor Penny, de la Universidad de Londres, que me dijo que si yo lo deseaba por él no había pegas, y que quedaba admitido. Luego, por asuntos de intendencia familiar, no seguí adelante con la idea). Es probable que si mis sueños académicos se hubieran hecho realidad ahora los estaría maldiciendo, o maldiciéndome a mí mismo, en algún oscuro puesto de profesor, y que por otra parte mi obra, tal como la he ido desarrollando, no hubiera existido.<sup>13</sup>

Este periodo inglés fue «un paréntesis de nueve meses, que se cerró, contra todo pronóstico y como si el destino quisiera mofarse de mí, con un regreso a Gijón, que esta vez –aunque yo me resistiera en aquel momento a creerlo– sería definitivo. Pulverizado por un reciente y doloroso suceso familiar –el mayor y más salvaje golpe del odio de Dios que había sufrido en mi vida hasta esa fecha [la ya mencionada muerte de su madre]– aterricé nuevamente en Gijón en el mes de marzo de 1990, para ocupar la casa en la que hoy, más de seis años después, redacto estas líneas» (HG: 182). De vuelta en Asturias, la pareja intenta establecerse en Oviedo, pero ante la imposibilidad de permitirse los alquileres de esa ciudad opta por Gijón, donde se instala en un pequeño y céntrico apartamento de la calle Covadonga. En ese apartamento Wolfe pasará los siguientes nueve años, allí escribirá gran parte de su obra publicada hasta el momento, dejará definitivamente el alcohol, tendrá una hija y logrará por fin abrirse un hueco profesional más o menos estable como traductor e intérprete. Pero nos estamos adelantando a los acontecimientos. Aquellos primeros años en Gijón son de gran penuria económica y siguen estando salpicados de numerosas correrías éticas.

Esos infastuosos «días siguientes» en los que, doblegado por la aplastante losa de una resaca sobrehumana, me atenazaba el insano temor de

---

<sup>13</sup> *Id.*, Carta inédita, 22-VIII-2004.

haber hecho algo horroroso la noche anterior (llegaba a peinar las páginas de sucesos de los periódicos locales, en busca de alguna noticia sobre los desmanes que imaginaba haber cometido en plena borrachera). (OG: 33)

En septiembre de 1990 publica en el diario *La Nueva España* de Oviedo el relato «Quién no necesita algo en que apoyarse», homónimo del libro en que luego será incluido. Después seguirá colaborando en ese diario con cierta regularidad hasta el 94, primero con más relatos y después con los primeros fragmentos de *Todos los monos del mundo*.

En 1991 su poemario *Días perdidos en los transportes públicos* gana, *ex aequo* con *La tumba etrusca* de José Carlos Llop, el premio de poesía de la editorial Anthropos. Y llegamos a 1992. «Me pasé las primeras semanas del año corrigiendo pruebas de *Días perdidos*. [...] También conseguí acabar, y corregir, y enviar un libro de cuentos por ahí. [...] Luego se abre un inmenso vacío de alcohol y drogas.» (TM: 69-70) A todo esto tiene lugar en Barcelona la presentación de su nuevo y premiado poemario, en la que Wolfe no estuvo. Y «empaqueté otro libro de poemas, y lo envié por ahí, y debe de estar a punto ya» (TM: 72). Se trataba de *Hablando de pintura con un ciego*, que saldría en la primavera del siguiente año.

Entonces pasó algo. No sé muy bien lo que fue, se venía tramando en mi interior, algo extraño, estas cosas que pasan, estaba harto, más asqueado que nunca, no tiene sentido darse con un canto en los dientes, los dientes son lo único que sufre, toda esta basura, ¿a quién coño le importa?, pero reventó finalmente como la cabeza purulenta de un furúnculo, tocó cabeza que decimos en inglés, y salió el veneno fuera, y me sentí mejor. El día 17 de septiembre, treinta días antes de cumplir los treinta, me bajé la última copa de bourbon y me pegué la última esnifada y desaparecí. Literalmente. (TM: 73)

Es entonces cuando, a la vez que empieza con los relatos de su futura segunda colección, *Mi corazón es una casa helada en el fondo del infierno*, escribe su primera novela.

Escribí *El índice de Dios* en unos tres/cuatro meses, con el único combustible de mi rabia, litros de café y más cartones de cigarrillos de los que me apetece recordar. La lucha fue corta pero intensa; puedo afirmar que estuvo a punto de acabar conmigo. Yo no soy funcionario, ni empleado, ni

tengo sueldo fijo de naturaleza alguna. Me gano los garbanzos en la precaria cuerda floja que en este país está catalogada bajo el apartado «trabajadores autónomos», y cualquiera que esté en mi misma situación sabrá lo que eso significa (a los que tengan la suerte de no saberlo, lo único que puedo desearles es que no les caiga nunca la desgracia de averiguarlo). Eso significó –y continúa significando, en lo que se refiere a todos mis trabajos literarios de una mínima extensión– tener que compaginar la escritura de la obra con la dura tarea de buscarme las lentejas, sin cómodos horarios fijos ni tranquilos oasis de calma los fines de semana o después de la jornada laboral, porque el lugar de trabajo de un autónomo es su propia casa, y su horario laboral, las 24 horas del día, siete días a la semana. [...] Conseguí acabar mi particular castillo de naipes a base de levantarme todos los días a las cinco de la mañana y trabajar en él hasta las ocho. A las ocho me tomaba un pequeño descanso y luego dedicaba el resto del día a mis asuntos alimenticios. Me acostaba alrededor de las 12 de la noche o la una de la mañana, y al día siguiente vuelta a empezar con la pesadilla. Los cuatro meses de caña cafeínica y tabaco desembocaron finalmente en una intoxicación hepática que me tuvo tres días fuera de combate poco después de haberle puesto el último punto a la maldita tarea. Pero allí estaba. Mi primera novela. Lo había conseguido. Me había demostrado a mí mismo que era capaz de hacer algo más que componer poemillas.<sup>14</sup>

Pero «los innumerables desfases, juergas y borracheras que jalonaron para mí la totalidad de los años ochenta y de los primeros noventa» (HG: 104) no tocaron a su fin. «Estuve seis meses sin beber y luego tuve otra recaída» (TM: 94). Estamos en marzo de 1993, «el año Wolfe»<sup>15</sup>, como dijo Luis Antonio de Villena. En abril queda finalista del Premio de la Crítica correspondiente a los libros publicados en 1992 con el poemario *Días perdidos en los transportes públicos*, a un solo voto del libro ganador, *La noche le es propicia*, de José Agustín Goytisolo. Ese mismo año Miguel García-Posada lo tilda de «revelación poética»<sup>16</sup> y tras la entrega del Premio Nacional de Poesía escribe en *El País*: «Sorprendente [...] que una obra como

<sup>14</sup> *Id.*, «¿Cómo escribí *El índice de Dios*?», en *Cómo escribí...*, Oviedo, Consejería de Cultura del Principado de Asturias, 1998, p. 192.

<sup>15</sup> Luis Antonio de Villena, «Sangre, golpes, sexo», en *El Mundo*, suplemento «La Esfera», 20-XI- 1993, p. 8.

<sup>16</sup> Miguel García-Posada, «Del nuevo realismo», *El País*, «Babelia», 19-VI-1993, p. 10.

*Días perdidos en los transportes públicos* [...], sin duda el libro más original de 1992 por su enérgica postulación de una poética realista de nuevo cuño, no haya estado presente al menos en las deliberaciones finales<sup>17</sup>. En julio publica en *ABC* «El Club de los poetas medio muertos» (prosa recogida luego en *Todos los monos del mundo*), y a finales de agosto, en *El Mundo*, «Me voy a comprar una pipa» (primicia de su primer libro de relatos, que está a punto de aparecer); en ambos casos, los textos se publican a petición expresa de los respectivos diarios. Finalmente en octubre sale a la calle la colección de cuentos *Quién no necesita algo en que apoyarse* y en noviembre *Dios es un perro que nos mira* (por exigencias editoriales bajo el falso título *El índice de Dios*). Si a todo esto añadimos las numerosas reseñas de estos dos nuevos libros, las que todavía se estaban haciendo de *Hablando de pintura* y hasta de *Días perdidos*, las largas entrevistas aparecidas sólo durante aquel año en *El Mundo*,<sup>18</sup> *Diario 16*,<sup>19</sup> *La Nueva España*,<sup>20</sup> *La Voz de Asturias*<sup>21</sup> o *El Comercio*<sup>22</sup> y las menciones en prensa por el pequeño revuelo que todo esto estaba causando, no es difícil entender que Wolfe se convirtiera en la «revelación» del año. A este respecto, en la entrevista concedida por aquellos días a *La Nueva España*, ante la pregunta sobre su repentina popularidad, Wolfe responde: «Me sorprende por el tipo de cosas que yo hago, aunque lo que hago parece que choca. Objetivamente, jamás tendría que haber tenido reconocimiento, ningún premio, y mucho menos quedar finalista del de la Crítica».

<sup>17</sup> *Id.*, «Una obra commovedora», *El País*, 26-V-1993, p. 40.

<sup>18</sup> Entrevista de Manuel Llorente, «Adentrarse en un poema es como entrar en un edificio en llamas», *El Mundo*, el 30-VI-1993, p. 46.

<sup>19</sup> Entrevista de Mario Antuña, «Roger Wolfe: “Soy hipercronista, hiperrealista; escribo de lo que hay”», *Diario 16*, el 16-VI-1993, p. 36.

<sup>20</sup> Entrevista de Miguel Munárriz, «Roger Wolfe: “Ahí fuera hay muchos ciegos deseando hablar de pintura”», *La Nueva España*, el 4-IX-1993, p. 36.

<sup>21</sup> Entrevista de Alberto Piquero, «Literariamente, soy un escritor español», *La Voz de Asturias*, el 9-XII-1993, p. 39.

<sup>22</sup> Entrevista de Paché Merayo, «Roger Wolfe: “La poesía debe descubrir cosas, pero no con grandes palabras, sino con las que están gastadas por el uso”», *El Comercio*, 13-IV-1993, p. 28.

Estando así las cosas, el editor Jesús García Sánchez le pide los derechos de su siguiente poemario –cuya publicación queda contratada antes de estar terminado–, que aparecería a finales de 1994 bajo el título *Arde Babilonia*.

A principios de ese año vuelve a hacer aparición en su vida el alcohol. «Dos meses otra vez, Dios mío, y una nueva recaída. Miedo hasta a salir de casa.» (HG: 22) Los problemas económicos también continúan:

Sólo me quedan Ptas. 37.095 en mi cuenta corriente, y ése es TODO el capital de que dispongo en el mundo. Ni una puta peseta más. Teniendo en cuenta que mis gastos durante los próximos días van a ascender a, digamos, unas Ptas.150.000, sólo contando fijos (seguridad social, impuesto de actividades económicas, asesoría, alquiler etc. etc.) y al margen de la jala, pues ya tengo la diversión asegurada intentando averiguar cómo salir del berenjenal. Ocurre todos los meses pero confieso que yo sigo en blanco sobre cómo ponerme al día. (HG: 23-24)

En junio de 1994 aparece su última colaboración en *La Nueva España*. En agosto comienza a escribir *Fuera del tiempo y de la vida*, su segunda novela, lo que le vuelve a enfrentar con la situación ya descrita al hablar de la primera, y cuya versión final, tras largos avatares (de los que se hablará con todo detalle en el capítulo dedicado a esta obra) no tendrá lista hasta 1999.

En julio de 1995 empieza a colaborar con regularidad con *El Mundo* y con *Ajoblanco*. Salvo alguna pequeña recaída consigue mantenerse alejado del alcohol. A finales de ese año se publica su libro de «ensayo-ficción» *Todos los monos del mundo*, y a comienzos del 96 su segunda colección de relatos *Mi corazón es una casa helada en el fondo del infierno*, así como, meses más tarde, el libro de poemas *Mensajes en botellas rotas*.

Ese año parece enderezar en cierta medida su situación profesional y empieza a tener una situación económica algo menos precaria. El tres de junio nace su hija Ángela y se propone firmemente dejar de manera definitiva el alcohol, lo cual consigue finalmente tras enormes esfuerzos seis meses más tarde. Dos años y medio después, superado ya el problema del todo, reflexiona sobre la relación alcohol/penuria:

Yo no pido demasiado. Se podría decir que vivimos frugalmente. Apenas salimos. Los pocos gastos extraordinarios que tenemos pueden consistir en comerse un menú del día por ahí. Comprar algún que otro libro. Algo de ropa. Cuando bebía gastaba mucho más. Todo lo que no se fuera en comida y en los gastos más perentorios se iba en alcohol. Y, en los últimos tiempos de mi vida de bebedor, en coca. Alguna vez había también gastos extraordinarios relacionados con mis correrías etílicas, como la vez que tuve que llamar a otro intérprete, y pagarle, para que fuera a hacer un servicio un día que yo me había pasado con la cosa y con la priva la noche anterior, y estaba tan hecho polvo que no me atrevía ni a mirarme al espejo sin dar un salto, con que no digamos ir a trabajar. Aquella broma me costó en total unos cincuenta napos del año 92, entre lo que me había gastado en copas y en farla y lo que tuve que desembolsar para pagar al intérprete que me sustituyó. [...] Menudas movidas. Esas cosas, por lo menos, se han acabado. No me faltan preocupaciones, pero por suerte ya no me levanto por las mañanas con el cráneo hecho añicos preguntándome qué desaguisados armaría el día anterior. Y esas bolingas de dos y tres días. Se me eriza la piel sólo de pensarlo. Era un auténtico lunático. Pero, como dicen tantos alcohólicos, también como borracho tuve siempre mucha más suerte de la que me merecía. Creo que siempre tuve un ángel de la guarda. Aquí estoy, al fin y al cabo, más o menos entero de cuerpo y mente, dándoles a las teclas de este ordenador. Y si lo pienso, tendría que estar muerto. Eso ya es bastante para dar gracias a Dios, o a quien sea el hijoputa que maneja todo este tinglado. (QF: 165-66)

En otoño de 1997 se publica su segundo libro de «ensayo-ficción» *Hay una guerra* y hace un viaje a Los Ángeles para entrevistar al novelista Hubert Selby. Precisamente por esas fechas, y tal vez influído por las regulares estancias en los EE.UU. debidas a su trabajo como intérprete, comienza a escribir poemas en inglés. «En los últimos tiempos –dirá en 1999– casi me paso tanto tiempo fuera de Gijón como en Gijón. La cosa empezó allá por el 96, con una serie de viajes de trabajo que luego se han ido multiplicando. Por España y fuera de España. No había estado nunca en los Estados Unidos, y en los tres últimos años ya he ido unas doce o catorce veces allí.» (QF: 75-76)

Aquel mismo año empiezan los primeros síntomas de un cansancio vital que con el tiempo irá aumentando hasta convertirse en la aguda e intermitente depresión que le aquejaría desde finales de esa década y hasta la actualidad: «No sabría precisar la fecha con exactitud, porque estas cosas nunca ocurren de la noche a la mañana,

pero hace ya tiempo que no tengo fe en lo que escribo. No es que no me crea lo que escribo; es más bien que ya no puedo creer que tenga el más mínimo sentido. Para ser sinceros, vivo aplastado por la inutilidad de mi propia vida.» (OG: 42)

Vivo en una ciudad –escribe ya en 1998– que detesto como jamás he detestado sitio alguno. La relación entre ella y yo sólo puede ser descrita como de odio mortal (porque el sentimiento, sin duda, es mutuo; yo también percibo el frío aliento del odio que la ciudad alberga en mí). Y no es que yo sea masoquista; uno acaba donde a la vida le dé por hacerle aterrizar, y a veces no hay manera de escapar de estas bromas pesadas del destino. Motivos diversos, entre los cuales el más poderoso es la crónica precariedad económica, me mantienen encadenado a este hipertrofiado poblachón provinciano. (OG: 70-71)

Ese año, a pesar de las crecientes dificultades que empieza a tener para publicar, aparecen dos nuevos libros suyos de poesía: *Cinco años de cama* y *Enredado en el fango* (que recoge los poemas escritos en inglés a finales de 1997 junto con las versiones en español del propio Wolfe). «Poco a poco estoy volviendo al punto de partida. Llevo 18 años en la brecha, y –en lo que se refiere a publicar– casi se podría decir que vuelvo a estar como el primer día. Muy pronto no van a querer sacar mis libros ni pagando. Ya no encuentro editores ni para mis poemas. *Cinco años de cama*, sin ir más lejos, estuvo a punto de quedarse en el maldito cajón. Rechazado por Visor, por Hiperión, por Dios sabe cuántas editoriales más. Al final surgió lo de Prames. Una editorial que se dedica realmente a los libros de senderismo y montaña. La ironía no podía ajustarse mejor a mi situación.» (QF: 132) A lo largo también de 1998 traduce para la editorial Anagrama el diario de Bukowski *El capitán ha salido a comer y los marineros se han hecho con el barco*, lo que le incita a empezar uno propio a comienzos del siguiente año. En cuanto al ya superado alcohol, hasta su ausencia es motivo de reflexión:

Ya no están los abismos de las resacas, ni los picos de euforia del comienzo de tantas grandes borracheras, ni el bienestar absoluto que se experimenta cuando uno termina de recuperarse del más reciente cataclismo etílico de varios días de duración. No; como decía Chandler, que sabía mucho de estas cosas, uno se acostumbra a una uniforme tonalidad gris. Ese

gris que yo a veces llamo el asco incoloro. La angustia vital se convierte en abulia existencial. (OG: 64)

1999 es un año difícil. Ciertos problemas personales y el replanteamiento de su escritura y de su vida dan con él en una profunda crisis de la que no se recuperará hasta años después. «1999 –escribe unos días antes de que empiece el 2000– ha sido el *annus horribilis* más auténticamente horrible de toda mi puta vida hasta la fecha, y lo peor de todo es que la cosa no tiene visos de terminar aquí.» (QF: 184) Deja de escribir prosa de ficción, tal vez agotado tras la batalla mantenida durante largos años con su segunda novela. Tampoco los poemas parecen llegar, lo cual nunca le había ocurrido durante períodos tan largos.

Me he cansado de mis propios poemas –dice en abril–. Me aburren, me exasperan, me sacan de quicio a veces. Hace meses que no escribo poesía. No sé cuántos, pero muchos; por lo menos para mí, para lo que solía ser mi ritmo de producción habitual. No sé si la poesía me ha abandonado o yo la he abandonado a ella, o si simplemente necesito un descanso, un respiro. Suele ocurrir, que hay temporadas de sequía, eso ya lo sé. Pero también sé que esto es algo más. (QF: 80-81)

Empieza a pensar en la posibilidad de mudarse a Madrid. «La idea, claro, es que en Madrid habrá más trabajo para mí, y que incluso surja algo para Noelí» (QF: 137). Finalmente, en mayo, se traslada temporalmente a la capital con la intención de preparar la posible mudanza definitiva. «Estoy en Madrid, en el piso –vacío– de José Ángel Mañas.» (QF: 87) «La idea es mudarnos de aquí muy pronto. Yo estoy solo, de momento, abriendo el frente en Madrid, estableciendo contactos de trabajo, junando la movida, haciéndome una composición de lugar. Noelí se ha quedado en Gijón.» (QF: 90)

En junio viaja a Noruega a hacer un reportaje para la sección «Motor y Viajes» de *El Mundo*. El reportaje no llegó a ser publicado porque antes de que eso pudiera ocurrir Wolfe rompe definitivamente con el periódico debido en mayor parte a anteriores problemas con la redacción y en menor parte a la crisis en la que empieza a estar sumido. En agosto confiesa:

Actualmente mi mayor aspiración es callarme la boca. Dejar incluso de escribir –algo que rumio desde hace años– sería también una posibilidad.

Supongo que seguiré, más por hábito que otra cosa. Me considero un hombre quemado, hundido, acabado, en todos los sentidos. Ciertos sucesos particularmente dolorosos que han tenido lugar en mi vida en los últimos meses han sido la gota que ha colmado el vaso; me han acabado de pulverizar, total y absolutamente. No volveré ahora sobre ellos. Ya es bastante esfuerzo mantener los recuerdos bajo tierra. Me importa un bledo todo. Me da literalmente igual 8 que 80. Todo se podría resumir en un sencillo verso de Bukowski: “fuck everybody”. He querido –supongo que como todos– ser un ser humano. Lo he intentado. Y, supongo también que como le ocurre a todo el mundo, he fracasado. Tengo que conformarme con ser lo que somos todos, en el fondo: pedazos de carne con patas. Puede sonar dramático decir todo esto con 36 años. Muy joven edad para andar declarándose en ruina, para afirmar que «de este agua no beberé». No lo sé. Pero sé al menos algo: que «personalmente, me la suda».<sup>23</sup>

Ante este estado de cosas, «el traslado a Madrid sigue demorándose» (QF: 131). Finalmente, en septiembre, tiene lugar la mudanza. «Ultimando el traslado a Madrid. Ya es definitivo. Hasta tenemos dirección en la capital. Un piso alto, amplio y luminoso, en las inmediaciones de la avenida de la Ilustración. Entre el sanatorio de la Paz y el centro comercial de La Vaguada. Un buen sitio, se supone, y con un precio que hace juego con la zona. Sabe Dios cómo vamos a pagar el alquiler, los gastos.» (QF: 136) Los últimos días en Gijón, inmerso en plena mudanza, escribe a modo de despedida con el apartamento en el que ha pasado los últimos nueve años de su vida y en donde ha escrito la mayor parte de su obra hasta el momento:

La casa está patas arriba, llena de cajas y de pertenencias que aún tenemos que recoger. El martes que viene nos mudamos. El estudio, que es como he llamado durante los últimos nueve años a la estancia en la que escribo ahora esto, se ha quedado casi vacío. Los libros han desaparecido de las paredes. La pieza parece más grande, y mi voz suena hueca aquí dentro. Es todo un poco triste. Casi como si la casa cobrara vida de repente, y quisiera suplicarnos que no nos marchemos. Pero ya es tarde. En esta casa, por otra parte, no se puede decir que lo hayamos pasado demasiado bien. Nunca olvidaré el frío y la humedad de los meses de invierno; todos esos días y noches en que me sentaba aquí delante, tiritando, hecho un auténtico carámbano humano, para teclear la basura que nos daba a malas penas de comer, blasfemando para intentar entrar en calor. Los miles de kilómetros

---

<sup>23</sup> Roger Wolfe, Carta inédita, 1-VIII-1999.

que habremos recorrido subiendo y bajando estos cinco pisos sin ascensor. La maldita polilla que todavía, mientras escribo esto, continúa devorando inexorablemente las entrañas de esta casa. (QF: 137)